

Las profesiones espirituales, como se les llama a las que más directamente se relacionan con la dirección espiritual de las sociedades, son pésimamente ejercidas en la actualidad. La razón es obvia: éstas reclaman una vocación más decidida y un cumplimiento del deber mucho más austero que otras. Por tanto, que el maestro no sepa el papel que desempeña, ni se concibe, ni se comprende, ni se explica.

Podemos afirmar que la primera entre las profesiones espirituales, por el orden de su trascendencia, es el magisterio. Las sociedades humanas aún no han llegado a proporcionar los honores y las recompensas a la dignidad del maestro; es más, no hay una sola que no la incluya entre las primeras y más dignas de respeto, por la función social que tiene: ser guía de las generaciones.

Sin embargo, no es tan general, entre los encargados de esas funciones, el conocimiento de sus responsabilidades, de su grandeza y de su fin social. Por esto, hoy la escuela no es lo que debe ser, porque los maestros no saben ser lo que deben ser. A excepción del exiguo número de sociedades donde se tiene conciencia de la importancia de la educación y los maestros son valorados y por ende desempeñan sus labores con entrega, amor y excelencia.

Debemos pues, los maestros, constituirnos en un ejército que milite contra la ignorancia. Ni el amor a la verdad, ni el amor a la justicia bastan para que un sistema educativo obtenga del hombre lo que plantean conseguir sus objetivos, si a la par de esos amores no se desarrolla la noción del derecho y del deber. La noción del derecho, para dar a conocer la libertad al educando e inducirlo a interiorizarla; la del deber, para extender los principios naturales de la moral.

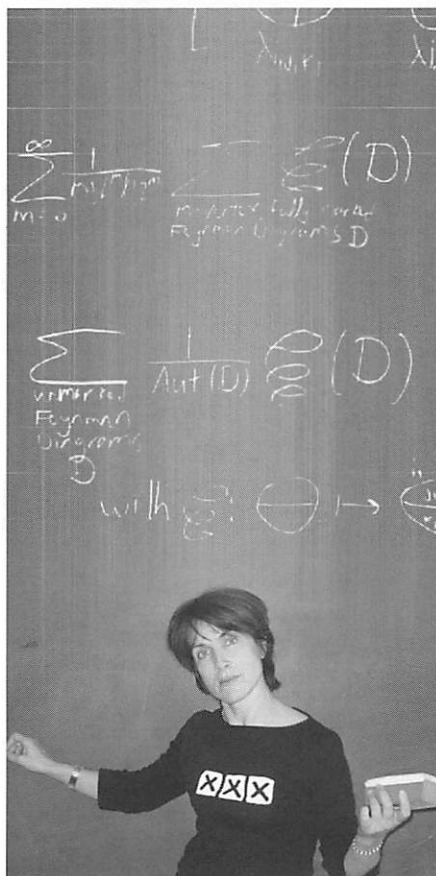
Con el amor, la verdad y la justicia se inculcará en el espíritu de las generaciones educadas un poderoso sentido de la libertad, un conocimiento concienzudo y radical de la potencia constructora de la virtud y un hondo y positivo amor a la Patria.

La enseñanza verdadera ha de ser aquella que se desentienda de los artificios y atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorezca la verdad. Y a la escuela le corresponde despertar las instrucciones de todas las verdades contenidas en la enseñanza de las ciencias básicas.

Debemos todos los maestros reaccionar contra el método memorístico que se viene usando desde los primeros tiempos. Debemos poner la enseñanza y la educación a tono con lo que demanda el momento y la dialéctica del desarrollo social, que nos ha colocado en la tercera gran revolución científica y técnica, donde las innovaciones metodológicas y la globalización son impuestas por los países fuertemente desarrollados de manera vertigi-

L A VOCACIÓN D E L MAESTRO

Lic. Arielina Oviedo Landestoy



nosa a los menos desarrollados.

La escuela de hoy no puede conformarse con tener profesores mediocres. Los cambios registrados en la sociedad están presionando cada vez más a los sistemas educativos para que éstos sean eficaces. Es en el profesorado, y no en el alumno, como sucedía hasta hace poco, en quien se centra la atención de los problemas y las soluciones que se plantean para la educación del nuevo milenio.

Hoy, cuando se exige una educación objetiva más científica y más humana, los profesores han de desempeñar nuevos roles que los aproximen más a los alumnos, a la dinámico propia de su disciplina y a las necesidades sociales que se vinculan con el conocimiento que desarrollan. El profesor, se piensa, no simplemente como el especialis-

ta que domina una ciencia, cuyo contenido puede comunicar en abstracto, sino que además se le exige que se comunique con un grupo de estudiantes concretos, histórica y culturalmente determinados, para los cuales debe traducir, sin distorsionar, los conceptos y las estructuras teóricas básicas de la ciencia, de modo que puedan los estudiantes apropiarse de instrumentos conceptuales suficientes, que les permitan abordar, de manera inteligente, los fenómenos referidos, se puedan comunicar racionalmente y que finalmente sean capaces de conformar, reinterpretar y crear conocimiento por cuenta propia.

Creemos, entonces, que los profesores excelentes son aquellos que:

Dominan su materia.

Se comunican fácilmente con sus estudiantes.

Establecen una relación cordial con la clase.

Son hábiles para organizar la participación del grupo y fomentar la mutua interacción.

Responden en forma personal a las necesidades de cada estudiante.

Manifiestan un entusiasmo contagioso, el cual despierta el interés del estudiante y estimula su reacción.

Dominan la disciplina, pues conocen una personalidad que hay que respetar.

Ayudan a sus alumnos a descubrir su propia personalidad, a desarrollarla y a identificarse con ella.

Saben aunar la sensibilidad y la razón.

Propician la creatividad.

De todas las profesiones es el magisterio la más noble, la más difícil y la más importante. El maestro tiene que cultivar en sí mismo: humildad, compasión y espíritu de servicio amoroso, mucho más de lo que pertenecen a otras profesiones, porque es un ideal y un ejemplo para sus alumnos. El maestro es un faro que tiene como objetivo conducir y guiar. Si deja de iluminar, muchos zozobrarían en las rocas.

Nuestro destino es el servicio. Los padres nos confían a sus queridos y amados hijos e hijas creyendo que somos capaces y que estamos dispuestos a guiarlos y a inculcar en ellos habilidades y hábitos, que más tarde podrán ayudarlos a enfrentar el mundo. De manera que cargamos con una gran responsabilidad. Así, el maestro, a quien se le ha confiado la tarea de iluminar las mentes, tiene que hacerse consciente de la luz guiadora que hay en su interior, de manera que pueda inspirar y transformar a quienes están bajo su cuidado.

¡Que éste y todos los años por venir sean venturosos para los abnegados maestros!

Septiembre del 2001

Arielina Oviedo Landestoy: Licenciada en Pedagogía, mención Letras; Postgrado en Lingüística y Literatura; Profesora de UNAPEC y Coordinadora Área de Español de COLAPEC.